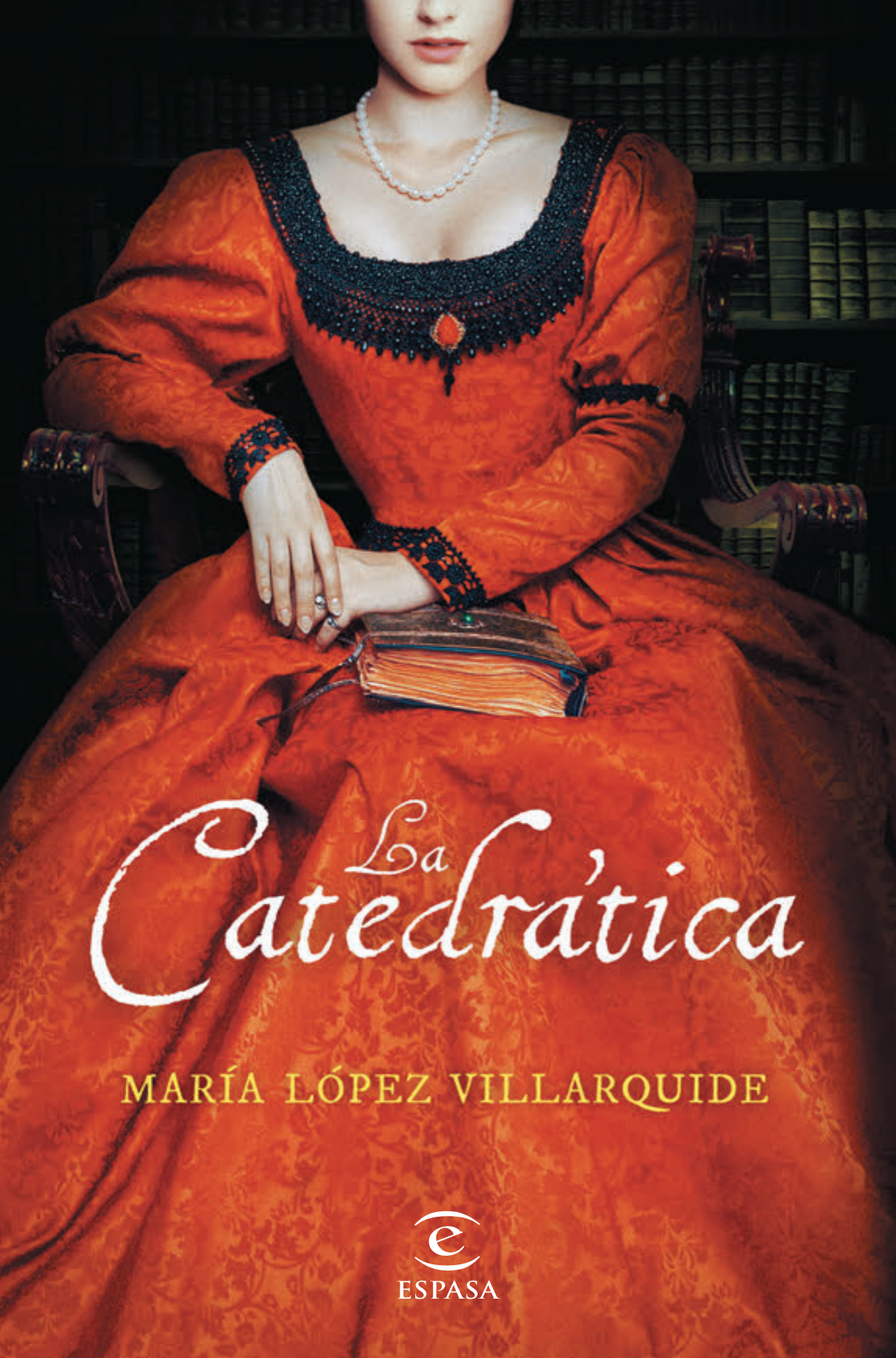


A woman is depicted from the chest up, seated in a dark wooden chair. She is wearing a vibrant red, long-sleeved dress with a black lace collar and cuffs. A pearl necklace is around her neck, and a ring is on her finger. Her hands are resting on a closed book on her lap. The background is a dark, book-filled library.

La Catedrática

MARÍA LÓPEZ VILLARQUIDE


ESPASA

MARÍA LÓPEZ VILLARQUIDE

LA CATEDRÁTICA



ESPASA  NARRATIVA

© María López Villarquide, 2018

© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño e imagen de cubierta: © Agustín Escudero

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.939-2018

ISBN: 978-84-670-5052-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Rodesa, S. A.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

El sendero que conduce hasta la puerta de entrada al castillo cruje a cada paso. Me produce la misma sensación que la del cereal cuando se tritura en las eras: un gratificante entrechocarse de tierra, pequeños cantos rodados y barro húmedo contra los pies. Siento el contacto con el suelo grumoso, que se adhiere a las suelas de mis zapatos viejos y raídos. Moler el suelo. Desmenuzar la vereda.

Me encontraba de camino hacia la casa de los Hurtado. La familia vive al otro lado del río y, para alcanzar su palacete, debo recorrer un sendero cuajado de arbustos y dar un rodeo a la finca de los Medrano. Siempre me llama la atención ese castillo por su gran tamaño. Sus muros se extienden alrededor de un montículo que deja fortificada a la vivienda; nada ni nadie ajeno a la familia puede acceder sin permiso.

Esta mañana, mientras avanzaba entre zarzas y peñascos, iba yo pensando en que, con dos sesiones más de clases a esta jovencita, ya tendría para un par de zapatos con los que desafiar el crudo invierno. Así combatía yo la pereza profunda e insondable que me despertaba la rutina de impartir docencia a jovencitas consentidas. Sólo dos clases más y podría pasar por fin los meses de frío con los pies calientes.

Habitualmente, camino sin detenerme porque voy con el tiempo justo, siempre me entretengo con cualquier estupidez para retrasar lo máximo posible la salida de casa. Sí, me gano la vida impartiendo clases, pero no es algo que me entusiasme ni que disfrute, preferiría hacer otras cosas. Sin embargo, esa mañana había abandonado mi hogar sin prisa. No vivo lejos del caserón de los Hurtado, pero en estos valles, ya se sabe, toda distancia parece que se alargue si se recorre sin compañía.

El caso es que llevaba un paso distraído y tuve ocasión de adivinar a lo lejos el rebaño de Anselmo. Se acercaba como una man-

cha blanca que se dilataba y se encogía según el movimiento de sus ovejas. Él caminaba tras ellas, las seguía, animaba la marcha con gritos y golpes en el suelo, propinados con su vara. Supe que iba a entretenerme y por eso me detuve a descansar. El loco de su perro ladraba desesperado por reconducir a los animales; sus gruñidos se oían incluso por encima de los alaridos del pastor. Vi cómo se acercaban y me senté a recomponer el desaguisado de mis pies.

Se me había enganchado en el tobillo derecho un jirón de tela de la calza. El cuero roto del zapato me había desgarrado la prenda. Pensé que no podía seguir así y que una vez más tendría que darle a mi madre las calzas para que las zurciese. Soy la deshonra del gremio de maestros.

Aunque propiamente no soy un maestro, lo cierto es que a los nobles les convence mi elocuencia y me pagan por formar a su prole. Poco les importa lo joven que soy. Más o menos debo de tener unos diecisiete años, si es cierto lo que mi madre me cuenta sobre las fechas en las que recuerda que nací, aunque es bastante despistada y no puedo fiarme mucho de los caprichos de su memoria: unas veces porque olvida y otras porque calla con intención, el asunto es que de mi padre sé más bien poco y lo que conozco no me agrada demasiado. En cualquier caso, soy un mancebo, bastante más joven que otros maestros de Atienza, y mis clases están muy bien consideradas.

A la sombra de una encina, luchaba yo por remeter el borde de la tela o hacer un nudo alrededor del tobillo con aquella que me sobraba. Anselmo se acercaba. Intercalaba los gritos dirigidos a su rebaño con afables saludos hacia mí. Esperé que la conversación no me entretuviera demasiado.

—Buenos días, Pedro, ¿ya camino de tus clases?

Nunca entenderé por qué vociferan tanto al hablar los viejos pastores. Anselmo sabe que, desde la distancia a la que se encuentra y con la corriente del río reverberando en mis oídos, es imposible acertar a distinguir qué dice. Poco importa el tono de su voz: no le entiendo.

Aun así, me grita hasta que lo tengo casi pegado a mí. A su atronador saludo, le contesto:

—Buenas mañanas tengamos mientras el día nos lo permita, Anselmo. Sí, hoy le daré clases a la menor de los Hurtado.

—Los Hurtado son una familia de abolengo y con muchos hijos. Ahí no te va a faltar trabajo, Pedro. —Se acercó a mí con la barbilla apoyada en el cayado que era casi extensión de su brazo derecho—. ¿Andas a remiendos o es que te has encontrado un tesoro en esa zapatilla?

El pastor reía dejándome ver su escasa y renegrida dentadura, mientras señalaba mis pies con sorna. Yo examinaba con cuidado las suelas de mis zapatos. Efectivamente, podía decirse que estaban destrozadas, aunque no tenían un aspecto peor que el de su sonrisa oscura como el lodo.

—Pues gracias a los Hurtado podré contar pronto con un par nuevo. Ya no resisten mucha caminata estos guiñapos de cuero agujereado.

Conversamos contemplando el horizonte. Allí, el castillo de San Gregorio recortaba el cielo, que, aunque nublado, dejaba filtrarse las primeras luces del día.

—Es un recinto enorme. Propio para que vivan dentro esos nueve chiquillos y el resto de la familia —afirmé pensativo. Trataba de figurarme una jornada de aquel «rebaño» de nobles. Diego y Magdalena convivían con los padres de ella, don Garci y doña María, y a ellos se sumaba la chiquillería y algún que otro maestro para su instrucción.

No conocía a ninguno de los Medrano. No se mezclaban con las gentes llanas de la ciudad; había rumores sobre el origen de su linaje. Formaban parte de «los Doce», las doce familias de mayor prestigio de Soria. Para mí eran algo parecido a una leyenda en la que tampoco había querido profundizar; no eran como yo y eso era todo cuanto precisaba conocer. Fue entonces cuando Anselmo dijo algo que me sacó de mi reflexión.

—¿Has tenido noticias? La familia está abatida por la tragedia. Cuentan que Magdalena Bravo no abandona su cámara, que llora sin consuelo, no se alimenta e incluso que ha dejado de dormir por las noches.

Aquello me tomó por sorpresa, ¿una tragedia en el castillo?

—¿A qué os referís, Anselmo? Sé poco de lo que pasa más allá de los muros de esa fortaleza. Apenas paso por allí camino de mis clases. ¿Qué ha sucedido?

El pastor frunció el ceño y se acomodó en una roca cercana a mí. Sin mirarme, dirigía su vista más allá de sus ovejas y de su perro,

que por entonces ya se habían dispersado hacia el fondo del valle. El viejo me puso al corriente y me permití el lujo de ceder al chismorreó. Parecía un relato interesante, y aunque temí no contar con tiempo suficiente para llegar hasta el final, lo animé a que siguiera.

—Don Diego López de Medrano y don Garci Bravo de Lagunas, Pedro. Imaginaos al cabeza de familia y a su suegro, quienes juntos se entregan a la conquista de las tierras del sur. Ambos han perdido la vida en la misma batalla. No hace ni diez días que la muerte ha vaciado de alegría y regocijo a los habitantes de este castillo. ¡Ni un mes! ¿Os dais cuenta?

Al oír aquello, bien es cierto que no sufrí una impresión mayor que si me hubieran contado que un vecino de mi calle había muerto al batirse en duelo. Yo no conocía a los Medrano, no había cruzado ni media palabra con ninguno de ellos. No soy de su mismo estamento. Sin embargo, las nuevas de Anselmo me contagiaron el ansia de saber más sobre aquella familia caída en desgracia.

—¿Una batalla en el sur, decís? ¿En Granada?

—En Gibralfaro. Varios días de asedio y los dos hombres han muerto allí. Un destino aciago.

Aquello que decía el pastor me llenó de confusión: el castillo de San Gregorio estaba allí, en mitad de mi recorrido diario, y yo jamás me había parado a imaginar que tales desgracias pudieran suceder al otro lado de sus muros.

—Cualquiera diría que a los nobles no les salpican los dolores de este mundo, ¿verdad, Anselmo? Qué terrible circunstancia... Pobre familia.

Mi informador ladeó la cabeza, me dio la razón y se animó a seguir con la narración de los hechos que tan bien parecía conocer. Yo me habría quedado más tiempo a escuchar aquel relato, pero se me hacía tarde y debía partir. Recogí mi bolsa y me despedí del pastor, que comenzaba a intranquilizarse al ver que sus ovejas y su fiel perro alborotador se habían alejado demasiado.

—Anselmo, he de dejaros. Si me disculpáis, otro día continuáis con vuestra historia.

—No os disculpéis, muchacho. Si os veo en otra, tal vez pueda contaros si ya hay quien ocupe el sitio de don Diego. He oído todo tipo de alabanzas sobre la belleza de doña Magdalena. No estará sola mucho tiempo siendo viuda...

Sin ser yo el peor de los enemigos de las mujeres, su débil condición me provoca desconfianza: tan volubles sus ánimos, tan prestas a saltar de la tristeza al llanto sin motivo que lo justifique; nunca entenderé esa forma de ser, pero no hago el menor esfuerzo por profundizar en ella, me limito a cortejarlas, amarlas y olvidarlas, si es que entre medias no me convocan para que las instruya. No me interesa complicarme con la futilidad femenina. No obstante, aquel comentario sobre la inconsistencia de una viuda como Magdalena Bravo me dejó un regusto extraño y, echando a volar la imaginación, seguí mi camino hacia la casa de los Hurtado, donde me aguardaban.

Me alejé por el sendero que bordea el río. Pronto los gritos de Anselmo se volvieron casi imperceptibles.

A poco de atravesar las puertas del palacete de los Hurtado, una joven distinguida me esperaba a unos pasos de distancia para recibir su lección.

2

—No creo que seáis capaz de recitar ningún poema de los que habláis, Pedro. Esta vez ya no me voy a dejar engañar.

—¿Pero cómo que dejaros engañar, jovencita? Soy un maestro con un toque de genio al cual debéis respetar. Os educo en el conocimiento y en el buen uso de nuestra lengua mediante los versos de los clásicos.

Ya es habitual que los infantes caigan rendidos ante la capacidad de mi memoria, sin asomo de sospecha, pero la hija pequeña de los Hurtado se comenzaba a rebelar. Estaba en esa edad adusta en la que las muchachas se vuelven conscientes de su atractivo, pero no atinan a manejarlo ante los hombres, ésa en la cual nos impelen a mirarlas y nos enloquece el no ser capaces de llegar a poseerlas. Esa edad tan difícil para un maestro o simplemente para alguien como yo.

—Venís porque os pagan por ello. No creo que mi educación os importe en demasía. No pretendáis conmoverme: puede que en los comienzos me sedujera vuestro intelecto, pero, hoy que ya estoy comprometida —la menor de los Hurtado se había apartado el cabello hacia un lado de su escote mientras parpadeaba pizpireta y orgullosa por lo que acababa de decir—, os aconsejo que os limitéis a darme la lección y que luego sigáis por el camino que os ha traído hasta aquí. No deberíais atribuiros tanto mérito, Pedro.

Esta nueva actitud de la joven no me permitía ningún tipo de recreo. No en aquella ocasión. Hacía apenas un par de semanas que me habían anunciado su enlace con un noble de Soria. Indiferente a la noticia, no quise darle más importancia, pero sí era cierto que me preocupaba quedarme sin clases, dejar de percibir los maravedíes que me correspondían y tener que decir adiós a mi calzado.

—Me congratulo de ello, no tengáis duda. Un matrimonio siempre es una buena noticia —afirmé, cuando en verdad me com-

padecía de la joven Hurtado. Cada vez se desposaban más niñas y más inexpertas. Si al menos me pagaran a mí para educarlas en artes amatorias y no en lengua castellana, sentiría menos lástima de verlas casar con señorones untados en oro y heredades.

Con otras pupilas era cierto que había disfrutado de algún escarceo. Tampoco era difícil convencerlas. Dicen que tengo un atractivo natural y yo supongo que mi papel de maestro llamaba su atención, como la luz a las polillas. Nunca me he considerado especialmente apuesto, mi madre y su frágil memoria aseguran que soy la viva estampa de ese padre al que nunca conoceré para comprobarlo, pero, sea como fuere, está claro que he heredado su don de gentes.

Al acabar la clase, me despedí de la futura señora de un buen pedazo de Soria, besándole la mano con diligencia.

Ella dio unos pasos hacia atrás e, indolente, me señaló la puerta y se dio la vuelta. La hija menor de los Hurtado ya creía que sabía dar órdenes, ya jugaba a ser señora.

—Mi padre quiere veros. Os espera en la antesala, al otro lado de la escalera principal, ¿sabéis llegar o queréis que os acompañe alguien del servicio?

Me sorprendieron sus palabras porque hacía meses que acudía allí a impartir mis clases. Por supuesto que conocía el camino... ¿Qué pasará por la cabeza de una muchacha que se sabe prometeda a un noble más noble que ella?

—Agradezco vuestra atención, pero sabré atinar. Os deseo la mejor fortuna y os ruego que no olvidéis todo lo que habéis aprendido. Leed mucho y sed feliz.

Allí quedó la joven, flotando en su ensimismamiento de desposada con parabienes. Abandoné la sala y fui en busca de su padre. Tal como me imaginaba, me esperaba para pagarme las clases que remataban ese mismo día. Ni una más.

Llamé a la puerta con sigilo. En las residencias de alta alcurnia conviene ser prudente. Aunque sabía que me estaba esperando, preferí aguardar hasta que me invitó a pasar:

—Me ha dicho vuestra hija que queríais reuniros conmigo, señor.

Hurtado se hallaba de pie y estaba sacándole brillo a una suerte de vasija de estaño ligeramente abollada en sus extremos. En cuanto me sintió llegar, enseguida la devolvió al estante donde competía con otros adornos en aquella cámara. Había decenas de platos

similares y a mí me costaba creer que él mismo se encargase de frotar cada uno para mantener su brillo original.

—Muy buenas tardes, Pedro. Por favor, sentaos —me invitó al tiempo que señalaba un modesto escabel frente a su silla.

—¿Sois acumulador de objetos por placer, señor? —No pude evitar el comentario. La sala resplandecía en reflejos dorados y ocre. El caballero parecía disfrutar de su riqueza y quién sabe si era en aquella cámara de maravillas donde Hurtado encontraba la felicidad que el mundo, más allá de los portones de su palacete, no podía proporcionarle.

—¡Oh! ¿Os referís a mis platos? Hermosos, ¿verdad? Cada uno devuelve una imagen diferente del mismo rostro y, cuanto más los froto, con mayor claridad se percibe el reflejo. Hace años que los traigo de mis viajes. Algunos están algo dañados, pero los encuentro igualmente valiosos, ¿sabéis? Las más de las veces son piezas que únicamente se exponen para mi solaz y contemplación privada. Reconozco que es la actividad que mejor me consuela en los días malos. —Algo desencajado, Hurtado se cruzó de brazos y comenzó a acariciar su mentón mientras admiraba su alacena de arriba abajo. Yo no sabía cómo proceder y continué en silencio, dejé que se expresase como mejor quisiera y, afortunadamente, lo siguiente que me dijo no tuvo nada que ver con sus aficiones particulares, sino con el pago de mi trabajo—: Bueno, Pedro, iré al grano. Quería hablar con vos, quedamos muy agradecidos por tu labor, pero debéis saber que ésta ha sido la última clase.

Me atreví a interrumpirlo porque lo último que esperaba era una disculpa. La moza se iba a casar: fin de su formación.

—Lo sé, señor. He sabido que vuestra hija se desposará en breve y que ya no serán necesarias mis lecciones.

—Así es. Mi hija se va de casa y yo me regocijo al saber que no va a ser entregada a su marido en la ignorancia y la estupidez tan comunes a su género, sino con una considerable educación y cultura que vos habéis sido capaz de transmitirle. En cualquier caso, no dudéis en pedírnosla si llegáis a necesitar una buena referencia para otras casas nobles.

Este pazguato no tenía ni la menor idea de lo estúpida que podía llegar a ser su hija, pero había amañado un casamiento oportuno y, sin duda, estaba entusiasmado por su logro.

—Gracias, señor.

Preferí no demorar la despedida. Me limité a tomar la bolsa con la suma que se me adeudaba y abandoné la estancia. A los señores de cuna procuro tratarlos lo estrictamente necesario; jamás tomo yo excesiva confianza, por miedo a verlos ofendidos y reacios a soltar las monedas que justamente yo gano con mis clases. Completada la ceremonia del desembolso, lo mejor era marchar en pos de un buen par de zapatos.

Pero era menos de lo que había calculado en un principio, por culpa de la interrupción repentina de las clases. Esta vez tendría que conformarme con unos más rústicos, un estilo de calzado ligeramente más humilde que aquel que me prometía en mis mejores sueños. Tendría que buscar educandos nuevos y habría de hacerlo cuanto antes.

Por el camino de regreso, hacía tintinear los maravedíes en la bolsa: pensaba en cuán satisfactorio es recibir monedas a cambio de un trabajo y también en lo pronto que se puede echar a perder ese esfuerzo si se gastan sin seso ni cordura. En mi cabeza pugnan las ganas de calzado y las de acudir a la mancebía.

Hacía por lo menos quince días que no pasaba por allí a visitar a un par de amigas que siempre me proporcionan buenos ratos. Días en los que había pensado más en los agujeros de mis suelas que en el calor de un cuerpo de mujer que poder abrazar y poseer sin comedimiento.

La luz sobre la hierba del sendero indicaba que la tarde había pellizcado su buena parte del día mientras yo estaba trabajando; el cielo recortaba de nuevo la silueta del castillo de San Gregorio con colores anaranjados que anunciaban ya la puesta de sol.

Pensé que aún faltaban unas semanas para que el invierno se nos echase encima y viré mis pasos hacia la casa de «mis amigas».

Mis pies bien podían seguir esperando.